



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12646

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses 11 25 id.—La suscripción se pagará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor 24

JUEVES 31 DE DICIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico 4 en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 16; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Mirada retrospectiva

Mañana se abre un nuevo paréntesis en la administración municipal; otro ayuntamiento, que quedara totalmente renovado al final del cuatrinio, se encargara de administrar los intereses del común.

¿Qué se propone hacer?

Ya nos lo diga el alcalde nuevo en su discurso de mañana, al recibir de manos del alcalde saliente el símbolo de la autoridad. Entretanto y mientras llega ese momento, hagamos alto siquiera un instante, y dirijamos atrás una mirada.

Como jalones que marcan la senda recorrida por el ayuntamiento que acaba hoy su gestión, se ven varias fechas, todas ellas felices. Cada una señala un escalón subido en la ilimitada escala del progreso y todas abarcan la obra de este municipio, que al cesar se lleva, con el aplauso de los administrados, la satisfacción íntima de haber dedicado su existencia al desarrollo de un programa muchas veces impuesto por la opinión y por la prensa, algunas veces prometido, y solo esta vez no olvidado: el de las tan deseadas reformas que se venía imponiendo desde hace muchos años y que fué acometido con gallardía extraordinaria el 7 de Mayo de 1900 por el alcalde a la sazón D. Mariano Sanz.

Fecha memorable la fecha citada. Hasta que ella apareció en el tiempo, la vida municipal de Cartagena se deslizo monótona; pero vino un hombre de voluntad ro-

busta que traía en el cerebro muchas cosas grandes y marcó al municipio nuevos rumbos que lo habían de meter en el empeño de transformar la vieja Cartagena, dotándola de lo que carecía.

Fecha memorable aquella fecha. Sin pompa, de un modo sencillo, con la mayor modestia, aquel alcalde puso el primer bloque de un palacio que echaban de menos las gentes: el palacio del Ayuntamiento, proyectado por muchos, deseado por todos, pero no construido—ó comenzado a construir—hasta que él, D. Mariano Sanz, dio el orden de ejecutar la obra poniendo la primera piedra en el cimiento.

Los que recuerden aquella ceremonia que marcaba una era de progreso, recordaran también el movimiento de entusiasmo y confianza que fué su consecuencia. Nadie dudo ya de que aquí, como en otras poblaciones, se podían acometer grandes empresas. Para ello se necesitaban voluntad é iniciativas y ambas cosas las tenía el alcalde.

Que sus iniciativas eran múltiples y su voluntad férrea, lo probó el 9 de Diciembre del indicado año, poniendo la primera piedra de otra obra que lo hizo popularísimo fuera de Cartagena: la de las Escuelas graduadas, que le valieron, a él y a la población de que era alcalde, elogios merecidos y alabanzas.

¿Quién que de cartagenero se precie podrá dar al olvido que hu-

bo un día en que los periódicos de gran circulación, y especialmente los profesionales, mostraron a los municipios españoles el ejemplo que daba Cartagena como digno de ser imitado, añadiendo que la anciana regeneración española consistía en seguir ese ejemplo. Seguramente nadie. La impresión de aquellas alabanzas permanece viva como permanece viva en la memoria la causa que las originó—la Escuela graduada—y el autor de la misma—D. Mariano Sanz—a quien nos complacemos en enviar desde aquí un testimonio de consideración.

Y siguiendo viajando con el pensamiento a través de las fechas notables que marcan para nuestro pueblo un derrotero que hace veinte años se hubiese tenido por maravilloso é irrealizable, nos sale al paso otra fecha magna que debiera grabarse en marmoles y bronces, tal importancia tiene el hecho que recuerda.

Los que hemos dedicado gran parte de la vida a escribir para el público en esta Cartagena; los que hemos combatido un día y otro día y un año y otro año cuanto se oponía a su engrandecimiento, especialmente el cerco en que vivía prisionera, privada de todo desarrollo y de aire respirable, sabemos la importancia de esa fecha feliz en que nuestro pueblo pudo recobrar su libertad de movimiento después de más de un siglo de estar paralizado.

Llamase esa fecha 17 de Mayo de 1902 y le cupo la suerte de ser erigida al alcalde D. Angel Bruna, que se empeñó en derribar las murallas y las derribó.

Si el señor Bruna no hubiese hecho otra cosa que libertar a Car-

tagena de la esclavitud en que vivía, bastara eso para hacernos acordar a nuestra gratitud, pero dado el impulso, rota la muralla, invadió las afueras demostrando al crear y dar forma a la Plaza de España, que el deseo de derribar el muro no era un deseo romántico, sino una necesidad que se imponía.

Y surge como tercer alcalde de la serie el señor Cendra, continuador de las mejoras en periodo de realización, autor de proyectos de reformas interiores que no ha podido llevar a la práctica porque la ley Mellado lo ha impedido, administrador minucioso, hombre recto, cuya gestión ha merecido aplausos y que no ha podido terminarla por impedírsele una desgracia de familia.

Impulsó las obras que a su llegada a la alcaldía encontró en movimiento, administró bien y procuró ser justo no distinguiendo de su puesto a nadie.

La desgracia de familia que le sorprendió hace algunos meses le impidió señalar una fecha: el acto de abrir al servicio las Escuelas graduadas inauguradas el día 9 de Diciembre de 1900 por el ministro de Instrucción pública señor García Alix y D. Mariano Sanz.

Tocóle en suerte inaugurarlas al desde entonces alcalde accidental D. Obdulio Moncada, y tal se ha revelado en los tres meses que ha interinado la alcaldía, que ha merecido en dos sesiones los elogios de sus compañeros y ha realizado dos mejoras que ilustraran su nombre.

La apertura de las Escuelas proyectadas por D. Mariano Sanz le hicieran otras; y poniendo mano en el asunto, ha tenido la satisfacción

de inaugurar las segundas el día 27, en el ensanche, inaugurando al mismo tiempo un cuartel para alojar a la guardia civil.

Tres meses de labor activísima han granjeado al señor Moncada no solo las satisfacciones que la ha proporcionado la inauguración de esas obras, sino también la gratitud de las diputaciones de Levante; ayer a obscuras por la noche y hoy radiantes de luz.

Es verdad que todo lo que llevamos dicho no se hubiese realizado sin el concurso del Ayuntamiento. Sin la aprobación de éste no habría palacio municipal, ni escuelas, ni murallas en tierra, ni cuartel, ni alumbrado.

Para el ayuntamiento que ha hecho todo eso, nuestro aplauso.

Para los alcaldes a cuyas iniciativas se debe esa labor provechosa, nuestra admiración.

## TIJERETAZOS

A un periódico de Barcelona le dicen de Madrid, por telégrafo, haber sido nombrado alcalde de Cartagena D. Ulises Guimera.

¿Quién es ese hombre?  
De dónde nos lo van a enviar?  
Porque lo que es aquí, le hemos buscado por todas partes y no le hemos hallado.  
Cenque, compañero, díganos donde está ese individuo porque por aquí no parece.

—No ha hecho más que salir a la palestra el proceso Dreyfus y ya ha resultado un hombre herido en duelo.

La intriga que ha elevado a la categoría de mártir al desdichado capitán sigue dando que hacer.

Y sus autores tan tranquilos, ora preparando pruebas que se reputan falsas, ora repartiendo estocadas y balazos.

Y viva la justicia.

## Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 186

—Y bien! acepto, acepto, acepto porque... creo ser digno de la amistad que me mostraste.

—Lo sé, respondió él con la bondadosa sonrisa que venia algunas veces a iluminar sus duras y pronunciadas facciones. Entre tanto, ¿tenéis algún amigo en Calcutta, o cuya casa podáis estar oculto tres ó cuatro días?

—Fitzgerald.

—Bien. Os voy a conducir allí. Después irá a buscar a nuestros amigos a fin de rogarles que obtengan que no se os busque con demasiada actividad. Hoy es jueves: haré de modo que podamos partir el martes próximo.

—¿No tenéis que hacer grandes preparativos? preguntó Enrique.

—El seminarista de Baramida, el viaje Kishunnarain me reveló antes de morir el escondrijo de sus tesoros en Baramida y Benarés. Me suplicó que los sacara y los llevara a su hijo el «baboo» Bogobutly Kishunnarain que vive cerca de mi Indogoteria. Sin contar el oro y la plata, tengo conmigo en este momento por valor de más de un «lak» en alhajas.

—¿Dónde diablos había adquirido todo eso?

—Dios lo sabe, ó más bien, el diablo, porque el viejo Kishunnarain no tenía una grande reputación de probidad. Me han dicho que ejercía la usura prestando sobre alhajas. Su hijo es un hombre honrado que

LOS BANDIDOS INDIOS 185

aceptéis mi invitación. Durante mi permanencia en Calcutta no he podido recibirlos en familia, como hubiera querido. Espero que no me habréis guardado rencor.

—Os juro...

—Dejadme acabar, interrumpió Tarlesby. Si esto no hubiera dependido mas que de mí, creedme amigo mio, os hubiera llevado a Garden-Reach de todo corazón. Un día, quizás el mismo que llegamos a Paltaghari, os explicaré todo esto y os diré también por qué no os he suplicado muchas veces que vengáis a pasar algunos días con nosotros.

—¿No existe ya ese motivo? preguntó Bartell con una curiosidad fácil de comprender.

—No, amigo mio, respondió Tarlesby, nada se opone á que vengáis a poner os en seguridad entre nosotros.

La tentación era demasiado fuerte para que el corazón del jóven pudiera resistir más. Per otra parte, las últimas palabras del escocés eran una justificación ó un pretexto al menos, ofrecido á la delicadeza de Bartell.

«Después de lo que acaba de decir, no puede ser su esposa la que encontré, pensaba el jóven. No; y si después de todo es ella, abandonaré al momento a Paltaghari.»

—¿Y bien? preguntó Tarlesby que le observaba todavía.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 185

—No se, dijo Bartell siguiendo maquinalmente al escocés que le conducía á su carruaje.

—No podéis permanecer en Calcutta.

Bartell no respondió.

—Los duelos son severamente castigados, continuó Tarlesby. Gracias á vuestras numerosas relaciones podréis conseguir que se olvide pronto este acontecimiento: pero Terwik era sobrino de sir Clay y su tío no os perdonará fácilmente.

El mismo silencio.

—Es necesario esperar á que el tiempo haga olvidar esta catástrofe. Ocultándoos un par de meses, escapareis á la justicia, que cerrará los ojos. Pero es necesario que abandonéis á Calcutta para justificar, al menos en apariencia, la inutilidad de las pesquisas que se aparentarán hacer en contra vuestra.

Bartell se encogió de hombros con el gesto de un hombre que se dice:

—Que hagan de mí lo que quieran; poco me importa.

Su compañero movió el pie con impaciencia.

—Me he opuesto con todas mis fuerzas á este mal-dito duelo, replicó el escocés; pero ya que se ha realizado y ha sobrevenido esta desgracia, esto no es una razón para obrar como un niño. Veamos, Enrique, ¿queréis venir conmigo á Paltaghari?

Vivamente sorprendido por esta inesperada propo-